

EPILOGO

EL autor, o, si queréis mejor, el compilador, ha hecho lo mejor que ha podido para conservar en estas memorias, o mejor dicho, en estas confesiones de una aventura realmente excepcional, la unidad moral que sin duda alguna ha guiado, a través de laberintos mil, al espíritu inquieto a veces, frecuentemente pusilánime, pero siempre honrado, del señor Herbert de Renich.

Cabe ahora preguntarnos qué ha sido de nuestro héroe.

Las pocas notas que me quedan no me instruyen mucho a este respecto y más bien tienden a hacerme creer que al fin no ha podido gustar el reposo tan deseado por él y, en resumidas cuentas, tan bien merecido.

El medio-muchacho, como él le llama, que me trajo sobre una carretilla estos documentos— y que no podía ser otro que Potaje—, desapareció sin decir palabra y ya no le he vuelto a ver.

Según los últimos documentos que tengo entre manos, deduzco que el señor Herbert de Renich no presagiaba nada bueno de su porvenir, precisamente a causa de que sabía demasiado respecto a ciertos galeones y también a causa de cierto sobrino de von Treischke, de cuya muerte no estaba muy seguro, pues algunos prisioneros boches habían podido escapar del *Vengador* en los últimos momentos.

En lo que respecta a la suerte corrida por von Treischke

y Amalia, poseo una nota que explica en pocas palabras cómo ocurrieron las cosas con ellos, en el instante del glorioso fin del buque submarino.

El señor Herbert de Renich pudo salvar a la desgraciada y a sus hijitos y les hizo embarcar en una chalupa casi llena ya. Amalia estaba desvanecida.

Pero en el momento en que la chalupa se alejaba del lugar en que iba a desaparecer para siempre el *Vengador*, un hombre que nadaba desesperadamente se asió a la borda y estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación, viendo lo cual el señor Herbert de Renich le rogó que se soltase. Al mismo tiempo reconoció en el náufrago a von Treischke, pero como éste no soltaba presa, él no vaciló en descargar a quemarropa en la cabeza del almirante las cinco balas de su revólver.

Al ruido de las detonaciones salió Amalia de su desvanecimiento, y abriendo los ojos pudo ver todo lo que ocurrió.

—¡Desgraciado!—le dijo al señor Herbert de Renich—. ¿Qué ha hecho usted? ¡Jamás podré casarme con el que ha matado al padre de mis hijos!..

A lo que había contestado el señor Herbert de Renich con aquella lógica un tanto melancólica que nunca le abandonaba:

—¡Pero si su marido viviera, querida Amalia, como los principios de usted le prohíben el divorcio, tampoco hubiera podido casarme con usted!..

FIN

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

	<u>Páginas.</u>
I.—El Almirante von Treischke.....	5
II.—Una noche agitada.....	12
III.—La dama velada.....	22
IV.—Cómo reconocí, o creí reconocer, a la dama velada y de lo que luego ocurrió.....	26
V.—En donde me doy cuenta de que mis tribu- laciones no han terminado.....	35
VI.—El Consejo de guerra.....	40
VII.—Come y bebe; pero piensa en Dios.....	45
VIII.—Una sombra velada.....	51
IX.—Lo que me dice la dama velada me causa espanto; pero lo que se calla me pone malo.....	56
X.—¿Será castigado este crimen?.....	68
XI.—El barco pesquero.....	74
XII.—En el que se habla nuevamente de ciertas islas.....	79
XIII.—De la prudente resolución que adopté de mi larga conversación con Gabriel y de cómo la puse en práctica.....	90
XIV.—De la dificultad de pasar desapercibido en este mundo.....	98
XV.—Una misión difícil.....	111

	<u>Páginas.</u>
XVI.—La bahía de Vigo en la noche.....	120
XVII.—La ventana enrejada.....	131
XVIII.—El castillo de la Coya.....	138
XIX.—En donde se empieza a hablar de los Apóstoles.....	144
XX.—En donde se sigue hablando de los Apóstoles.....	149
XXI.—En donde se habla de nuevo de la famosa cota.....	158
XXII.—En dónde estaba el capitán Hyx y de cómo se me ordenó ir a su encuentro.....	174
XXIII.—La cota seis metros ochenta y cinco.....	184
XXIV.—En el que adopto resoluciones que exceden los límites de una correcta neutralidad y de lo que de ello resultó.....	216
XXV.—En el que por amor y abnegación continuo siendo el criado de todo el mundo, y de cómo el desempeño de esta función no me pareció nunca tan difícil.....	242
XXVI.—Cómo se desvaneció mi última esperanza: la evasión de la dama velada.....	253
XXVII.—Cómo se terminó la batalla invisible.....	261
XXVIII.—La Atlántida.....	268
XXIX.—Cuál fué el pabellón que substituyó al pabellón negro del <i>Vengador</i> y para qué glorioso fin.....	276
EPÍLOGO.....	282

